

Comentario a la *Carta Encíclica Lumen Fidei*, de S.S. Francisco

Pbro. Lic. Eduardo Lloveras

UFASTA

Este trabajo no pretende ser un estudio de la reciente Encíclica *Lumen Fidei* del Papa Francisco, sino solamente una presentación a partir de los temas principales que se tratan en ella, con citas textuales de la misma Encíclica que nos permiten seguir el hilo hasta el final. Espero que su lectura motive a leer y meditar este primer texto magisterial del Papa Francisco que, con el aporte de su predecesor, describe abarcativamente (este es el objeto de las *encíclicas*) una realidad tan básica y esencial de nuestra vida, pero a la vez plena de misterio, como es la Fe.

La intención de la Encíclica

La Encíclica *Lumen Fidei* (29 de junio de 2013, en adelante LF) es la encíclica del Año de la Fe, que viene a dar un impulso especial al gran movimiento iniciado con el Concilio Vaticano II, en orden a renovar la Iglesia y su presencia en el mundo de hoy. Parece extraño que una encíclica acerca de algo tan antiguo y originario en la Iglesia como es la fe, pretenda generar algo nuevo, una renovación. Y sin embargo, la verdadera renovación de la Iglesia viene por la fe. Un ejemplo claro, citado por el Papa en la encíclica, son las primeras comunidades cristianas: “la convicción de una fe que hace grande y plena la vida, centrada en Cristo y en la fuerza de su gracia, animaba la misión de los primeros cristianos” (5). Es lo que hoy necesitamos los cristianos.

¿En qué consiste esta renovación? El Papa lo dice bien claro: se trata de “poner de nuevo en el centro de nuestra vida eclesial y personal el primado de Dios en Cristo” (6). Y es que nos sucede a menudo que siendo cristianos, nos alejamos de Cristo, lo “despersonalizamos”, lo dejamos en la categoría de dogma o de idea, sin buscar un encuentro personal con Él. Y ésta es la razón principal de una encíclica sobre la fe, “porque la Iglesia nunca presupone la fe como algo descontado, sino que sabe que este don de Dios tiene que ser alimentado y robustecido para que siga guiando su camino” (LF, 6).

El contexto

Una **encíclica** es un texto magisterial de primer orden, que expresa la doctrina cristiana y católica sobre una materia particular, buscando resolver las principales cuestiones que se plantean en cada tiempo acerca de esa materia. La primera encíclica

del Papa Francisco ha sido escrita, como él mismo reconoce, “a cuatro manos”,¹ con un aporte mayoritario del Papa Benedicto XVI, quien, según dicen, tenía el texto casi acabado. El tema de la encíclica es la Fe. Benedicto XVI había escrito ya una encíclica sobre la Caridad (*Deus Caritas est*, 2005) y otra sobre la Esperanza (*Spe salvi*, 2007), por lo que, siguiendo la lógica, podemos ver que la encíclica sobre la Fe viene a completar una serie de documentos magisteriales sobre las virtudes teologales, esto es, sobre los hábitos sobrenaturales que definen la relación de cada cristiano con Dios. Sin embargo, no se trata de una encíclica escrita por Benedicto XVI y firmada por Francisco, como vamos a ver. Es la primera encíclica del Papa Francisco, que cierra un pontificado pero también abre uno nuevo, con expresiones que llevan el inconfundible sello de las orientaciones del papa jesuita, que ya hemos ido viendo en estos primeros meses.

El Año de la Fe, que se ha venido desarrollando en la Iglesia, viene a ser como un “puente” que comenzó con un Papa y termina con otro. Un año que se planteó desde un comienzo como “una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo” (Benedicto XVI, PF 6), para lograr “un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe” (PF, 7), a un mundo que cada vez más lo necesita. La encíclica *Lumen fidei* viene a dar una formulación doctrinal a este Año de la Fe, no enseñando algo nuevo –porque no se trata de otra enseñanza que la del Evangelio–, pero sí señalando desde el mismo mensaje evangélico, el camino que el creyente y la comunidad de creyentes deben seguir en estos tiempos para reencontrarse con Jesucristo y convertirse en verdaderos discípulos-misioneros de su Evangelio. Pero para entender mejor esta convocatoria del Año de la Fe, es necesario hablar del Concilio Vaticano II.

A 50 años del Concilio Vaticano II, los Papas hacen un balance y “puesta a punto” para una nueva etapa de la Iglesia, que ya ha comenzado con el mismo Concilio, pero hoy toma una fuerza misteriosa e inusitada (un fenómeno que no estaba “previsto” por ningún analista) con la figura y la prédica del Papa Francisco. Esta nueva etapa no significa que la Iglesia va a cambiar en su esencia (como ansían unos y temen otros), como no sucedió en ninguno de los grandes cambios que le tocó realizar.² Pero sí que para la percepción del hombre común, va a haber grandes cambios en la “imagen”, en el modo de transmitir su mensaje, en la comunicación con los que no creen, en suma, en todo lo que podemos incluir bajo el término “pastoral” de la Iglesia. En la Iglesia fundada por Jesucristo, lo “pastoral” no es algo accidental ni poco importante, sino que se refiere a la misma misión a la que el Señor convocó a los apóstoles y a todos sus discípulos: predicar el Evangelio a todas las naciones, hasta que Él vuelva (Mateo 28, 19). Por lo tanto, es de grave importancia que la Iglesia de Cristo se replantee en todo tiempo el mejor modo de cumplir esta su misión. Así lo vio el Papa Juan XXIII cuando el día de Navidad de 1959, a través de la Constitución Apostólica *Humanae Salutis*, convocó al Concilio Vaticano II:

¹ No es, sin embargo, el primer caso. Es *vox populi* que en muchas encíclicas intervienen diversos aportes, pero es finalmente el Papa firmante quien revisa y da forma final al texto que finalmente firma.

² Como por ejemplo: el paso de la persecución a ser la religión casi oficial del Imperio Romano en el 313; la conversión de los bárbaros con todos los cambios litúrgicos y pastorales que fueron necesarios para afrontar esta tremenda misión; las reformas eclesiásticas del siglo XII y del siglo XVI; etc.

Ante este doble espectáculo, la humanidad, sometida a un estado de grave indigencia espiritual, y la Iglesia de Cristo, pletórica de vitalidad, ya desde el comienzo de nuestro pontificado —al que subimos, a pesar de nuestra indignidad, por designio de la divina Providencia— juzgamos que formaba parte de nuestro deber apostólico el llamar la atención de todos nuestros hijos para que, con su colaboración a la Iglesia, se capacite ésta cada vez más para solucionar los problemas del hombre contemporáneo. Por ello, acogiendo como venida de lo alto una voz íntima de nuestro espíritu, hemos juzgado que los tiempos estaban ya maduros para ofrecer a la Iglesia católica y al mundo el nuevo don de un Concilio ecuménico (n. 6).

Este impulso del Concilio Vaticano II para renovar la presencia de la Iglesia en el mundo, encontró su fórmula, si así podemos llamarle, en una expresión que comenzó a usar el Papa Juan Pablo II: la *nueva evangelización*, “nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión” (1938: III).

La Nueva Evangelización podría decirse que es el “plan de acción” del Concilio Vaticano II para llevar la buena noticia del Reino de los Cielos al mundo contemporáneo. No se trata de un intento de re-evangelización repitiendo fórmulas del pasado, como señala Juan Pablo II en el Discurso antes citado,³ sino de la evangelización del mundo actual, del hombre y la mujer de hoy. Lo explica muy bien el Papa Benedicto XVI:

«Caritas Christi urget nos» (2 Co 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe (PF, 7).

La Encíclica *Lumen Fidei* recoge el camino recorrido en estos 50 años, en los que la Iglesia ha ido encontrando el ardor nuevo, los métodos y la expresión nueva de una fe cristiana que no se queda en el pasado, que no se “cristaliza” en espacios cerrados e impenetrables, sino que transita el tiempo sembrando de eternidad los instantes fugaces de nuestra vida humana, de la vida de los hombres y mujeres de hoy. Esta encíclica busca mostrarnos la fe (la misma que enseñó el Señor a los apóstoles) como una luz que ilumina nuestros pasos, dotándolos de la firmeza y la fuerza de una esperanza que no se verá defraudada, una esperanza que

nos proyecta hacia un futuro cierto, que se sitúa en una perspectiva diversa de las propuestas ilusorias de los ídolos del mundo, pero que da un impulso y una fuerza nueva para vivir cada día. No nos dejemos robar la esperanza, no permitamos que la banalicen con soluciones y propuestas inmediatas que obstruyen el camino, que «fragmentan» el tiempo, transformándolo en espacio. El tiempo es siempre superior al espacio. El espacio cristaliza los procesos; el tiempo, en cambio, proyecta hacia el futuro e impulsa a caminar con esperanza (LF, 57).

³ Allí dice a los Obispos de América Latina: “La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso, no de re-evangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión” (III).

El tema central: “La luz de la fe”

La Encíclica comienza planteando que la fe cristiana es un bien de primera necesidad para todo ser humano que camina en este mundo: todos necesitamos ser “iluminados”, porque hemos quedado en tinieblas (1). Para eso vino Cristo: “Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas” (Juan 12, 46). Cuando los Apóstoles predicaron por primera vez el Evangelio, se encontraron con un mundo ávido de luz, que entonces recibió con gran alegría la predicación de la buena noticia del Reino de los Cielos y fue así que la Iglesia se extendió por el mundo con gran rapidez.

Sin embargo, **hoy muchos reniegan de la necesidad de la fe.** Después de los grandes descubrimientos de la ciencia experimental y de la revolución racionalista que fue el llamado “iluminismo”, el hombre contemporáneo hijo de la tecno-ciencia está ufano de suficiencia y cree que ya no necesita de la fe en Dios y en Jesucristo.

Al hablar de la fe como luz, podemos oír la objeción de muchos contemporáneos nuestros. En la época moderna se ha pensado que esa luz podía bastar para las sociedades antiguas, pero que ya no sirve para los tiempos nuevos, para el hombre adulto, ufano de su razón, ávido de explorar el futuro de una nueva forma (2).

Es por eso que aparece tantas veces hoy asociada la palabra “fe” a la idea de oscuridad,⁴ quedando reducida la fe de este modo a un “salto que damos en el vacío, por falta de luz, movidos por un sentimiento ciego”, como “un espejismo que nos impide avanzar como hombres libres hacia el futuro” (LF, 2).

El verdadero “espejismo” resulta ser la razón que se autoproclama “autónoma y suficiente”. La historia humana de estos últimos siglos demuestra que el racionalismo no resuelve la oscuridad; todo lo contrario, deja la conciencia hundida en la confusión, está muy lejos de traer más luz a la humanidad. “Poco a poco... se ha visto que la luz de la razón autónoma no logra iluminar suficientemente el futuro; al final, éste queda en la oscuridad, y deja al hombre con el miedo a lo desconocido” (3). Y lo grave es que este desencanto no ha llevado al hombre a querer volver a la luz de la fe: todo lo contrario, se conforma hoy con “pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino”, renunciando a “la búsqueda de una luz grande, de una verdad grande” (3).

Por lo tanto **la fe es algo necesario y hasta urgente para la humanidad:** “es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo” (4). Es una luz que viene de Dios, no puede ser de otro modo. “Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios” (4). Es por eso que el Papa invita a todas las personas, no solo a los católicos, a descubrir esta Luz, que tiene la capacidad de “iluminar toda la existencia del hombre” (4). ¿Cómo se hace? “¿Cuál es la ruta que la fe nos descubre? ¿De dónde procede su luz poderosa que permite iluminar el camino de una vida lograda y fecunda, llena de fruto?” (7). La encíclica intentará de responder a estos interrogantes.

⁴ Basta mencionar que muchos historiadores y divulgadores se refieren a la Edad Media (los siglos de la fe en Europa), como una “edad oscura”.

Qué es la fe, cómo comienza la fe

Dice San Pablo que la fe es “la prueba de las realidades que no se *ven*” (Hebreos 11, 1). En una primera impresión esta afirmación pareciera contradictoria, porque ¿cómo puede haber una prueba de lo que no se ve? Sin embargo, San Pablo nos lleva a ver en qué consiste verdaderamente la fe cristiana: se trata de un encuentro con el Dios vivo. Y esta es también la primera afirmación de la encíclica acerca de la fe: “La fe nace del encuentro con el Dios vivo”, un encuentro en el que Dios “nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida” (4). ¡Quién podrá dudar después de tan grande encuentro! Pensemos en los profetas, en Moisés, a quien Dios hablaba cara a cara, en los Apóstoles, a quienes Jesús les reveló los secretos del Reino de los Cielos. ¡Cómo no van a creer! ¡Ellos que presenciaron a Jesús resucitado! Sin embargo, la fe que recibimos como don en el Bautismo es la misma que movieron las almas de aquellos personajes insignes. Porque en ellos y en nosotros se da algo común: la fe nos transforma totalmente. Transforma nuestra alma y todo nuestro ser, es el Amor de Dios que nos transforma. “Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo (4). Con estas palabras, el Papa quiere marcar claramente en qué consiste la verdadera fe: es un don sobrenatural, algo que no procede del hombre, algo que transforma al hombre y le da una nueva vida y una nueva visión de las cosas, desde Dios. Y todo esto a partir de una experiencia original y real de encuentro con Dios. No lo vemos, pero la experiencia es tan real que no necesitamos verlo para saber que Él está. Esta experiencia genera una transformación real en todo nuestro ser.

La experiencia de la fe no es “individualista”, como en muchas religiones que se cierran en una meditación sobre uno mismo y en muchos casos aíslan del entorno comunitario, generando una suerte de “religión individual” o también “cultos sectarios”, reducidos a un grupo de elegidos. Con la fe cristiana sucede justamente lo contrario: el encuentro con el Dios vivo incorpora al creyente en una historia que lo precede y en una vivencia comunitaria que llega a tocar a toda la humanidad. La fe,

por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro « yo » aislado, hacia la más amplia comunión (4).

Esta comunión se abre a toda la humanidad, porque se trata del poder del Hijo Dios hecho hombre, puesto al servicio de la salvación de la humanidad, como Él mismo lo manifestó a sus Apóstoles antes de subir al Cielo:

Acercándose, Jesús les dijo: «Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo» (Mateo 28, 18-20).

Aprender la fe de los hombres de fe

La fe se aprende. Es un don sobrenatural de Dios, genera una experiencia espiritual del individuo, pero esta experiencia introduce al creyente en una historia con muchos protagonistas: la historia de la salvación. Siempre es Dios quien toma la iniciativa: la fe es un don sobrenatural, no algo que pueda nacer del hombre. Pero Dios llama a hombres concretos que le responden y su vida se ve entonces transformada por la fe. La encíclica nos invita a aprender la fe del camino recorrido por alguno de esos hombres.

Abraham es nuestro padre en la fe. Y en esta paternidad los cristianos lo compartimos con el pueblo judío y también con los musulmanes, pueblos de los que Abraham es padre también en el plano racial. Pero para nosotros los cristianos su paternidad consiste en un hecho que resulta “desconcertante” visto desde la razón humana: Dios habló a Abraham y él le respondió. Pero esto no sucedió una sola vez... comenzó a suceder un día y después nunca más cesó: Dios se hizo protector de Abraham y su descendencia, Abraham se convirtió en fiel discípulo y amigo de Dios. Con él se inició la historia de nuestra salvación, gracias a que él *creyó* (Cf. Gálatas 3, 6).

Dios le habla a Abraham, no se le muestra: pero lo llama por su nombre. Y **Abraham escucha**, y responde. Y aquí viene la primera enseñanza para nuestra fe: “La fe está vinculada a la escucha. Abraham no ve a Dios, pero oye su voz. De este modo la fe adquiere un carácter personal” (LF, 8). ¡Qué equivocados están entonces aquellas personas que, desconfiando de Dios, esperan que Él les muestre algo extraordinario para poder creer! Sin embargo, Dios ha hablado y sigue hablando al hombre. Se trata de aguzar el oído, de estar dispuesto a escuchar la voz de Dios.

¿Qué dice Dios a Abraham?

Lo que esta Palabra comunica a Abraham –dice el Papa– es una llamada y una promesa. En primer lugar es una llamada a salir de su tierra, una invitación a abrirse a una vida nueva, comienzo de un éxodo que lo lleva hacia un futuro inesperado... Esta Palabra encierra además una promesa: tu descendencia será numerosa, serás padre de un gran pueblo (cf. Gn 13,16; 15,5; 22,17) (9).

La Palabra de Dios llama a un cambio y promete que ese cambio será beneficioso: el cambio consiste, en definitiva, en la salvación que el hombre espera de Dios. Pero la salvación no será según el pensamiento del hombre (viciado por el error y el pecado), sino según el plan de Dios, que hace todo bien. Pero para que esto sea posible es necesaria la fe:

lo que se pide a Abraham – y a todo creyente – es que se fíe de esta Palabra. La fe entiende que la palabra, aparentemente efímera y pasajera, cuando es pronunciada por el Dios fiel, se convierte en lo más seguro e inquebrantable que pueda haber, en lo que hace posible que nuestro camino tenga continuidad en el tiempo. La fe acoge esta Palabra como roca firme, para construir sobre ella con sólido fundamento. Por eso, la Biblia, para hablar de la fe, usa la palabra hebrea *'emûnah*, derivada del verbo *'amán*, cuya raíz significa «sostener». El término *'emûnah* puede significar tanto la fidelidad de Dios como la fe del hombre. El hombre fiel recibe su fuerza confiándose en las manos de Dios (10).

Entonces, cuando Abraham se fía de Dios, también **puede ver**: la fe se convierte en luz para su camino. Pero esta visión de la fe no es absoluta, no responde al deseo vanidoso del hombre de “conocer todo” para dominar, es una visión certera pero

humilde: “La visión que la fe da a Abrahán estará siempre vinculada a este paso adelante que tiene que dar: la fe « ve » en la medida en que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios” (9).

La fe no se vive solo, Dios formó para sí un pueblo creyente

La fe de Israel nos enseña que es imposible vivir la fe aislándose: **la fe se vive en comunidad**. La descendencia de Abraham, como Dios le había prometido, se multiplica y forma todo un pueblo, pueblo al que Dios va guiando a como “un padre que lleva de la mano a su hijo por el camino (cf. Dt 1, 31)” (12). Son incontables las bendiciones de Dios sobre su pueblo. El pueblo alimenta su fe en la memoria de estas bendiciones.

Para Israel, la luz de Dios brilla a través de la memoria de las obras realizadas por el Señor, conmemoradas y confesadas en el culto, transmitidas de padres a hijos. Aprendemos así que la luz de la fe está vinculada al relato concreto de la vida, al recuerdo agradecido de los beneficios de Dios y al cumplimiento progresivo de sus promesas. La arquitectura gótica lo ha expresado muy bien: en las grandes catedrales, la luz llega del cielo a través de las vidrieras en las que está representada la historia sagrada. La luz de Dios nos llega a través de la narración de su revelación y, de este modo, puede iluminar nuestro camino en el tiempo, recordando los beneficios divinos, mostrando cómo se cumplen sus promesas (12).

De ahí la importancia que la Iglesia otorga a la tradición, esto es, a la transmisión del mensaje de salvación desde los apóstoles hasta la actualidad. Cuando se pierde esta tradición viva, el pueblo deja de pertenecer a Dios, porque se olvida de Él, se aparta de Él. Es el gran mal de la sociedad contemporánea: familias enteras, naciones enteras que en otros tiempos vivieron la experiencia de la fe y luego la abandonaron, dejaron de transmitirla a sus hijos encerrándose en una vida mundana y sin esperanza de salvación. La encíclica explica con palabras muy claras esta triste realidad, mostrándonos cuál es la dinámica de la idolatría:

La historia de Israel también nos permite ver cómo el pueblo ha caído tantas veces en la tentación de la incredulidad. Aquí, lo contrario de la fe se manifiesta como idolatría. Mientras Moisés habla con Dios en el Sinaí, el pueblo no soporta el misterio del rostro oculto de Dios, no aguanta el tiempo de espera. La fe, por su propia naturaleza, requiere renunciar a la posesión inmediata que parece ofrecer la visión, es una invitación a abrirse a la fuente de la luz, respetando el misterio propio de un Rostro, que quiere revelarse personalmente y en el momento oportuno. Martin Buber citaba esta definición de idolatría del rabino de Kock: se da idolatría cuando «un rostro se dirige reverentemente a un rostro que no es un rostro» [Buber 1949: 793]. En lugar de tener fe en Dios, se prefiere adorar al ídolo, cuyo rostro se puede mirar, cuyo origen es conocido, porque lo hemos hecho nosotros. Ante el ídolo, no hay riesgo de una llamada que haga salir de las propias seguridades, porque los ídolos « tienen boca y no hablan » (Sal 115,5). Vemos entonces que el ídolo es un pretexto para ponerse a sí mismo en el centro de la realidad, adorando la obra de las propias manos. Perdida la orientación fundamental que da unidad a su existencia, el hombre se disgrega en la multiplicidad de sus deseos; negándose a esperar el tiempo de la promesa, se desintegra en los múltiples instantes de su historia. Por eso, la idolatría es siempre politeísta, ir sin meta alguna de un señor a otro. La idolatría no presenta un camino, sino una multitud de senderos, que no llevan a ninguna parte, y forman más bien un laberinto. Quien no quiere fiarse de Dios se ve obligado a escuchar las voces de tantos ídolos que le gritan: « Fíate de mí ». La fe, en cuanto asociada a la conversión, es lo opuesto a la idolatría; es separación de

los ídolos para volver al Dios vivo, mediante un encuentro personal. Creer significa confiarse a un amor misericordioso, que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia, que se manifiesta poderoso en su capacidad de enderezar lo torcido de nuestra historia. La fe consiste en la disponibilidad para dejarse transformar una y otra vez por la llamada de Dios. He aquí la paradoja: en el continuo volverse al Señor, el hombre encuentra un camino seguro, que lo libera de la dispersión a que le someten los ídolos (13).

La figura de Moisés, el mediador entre Dios y el pueblo de Israel, muestra ya desde entonces que en el plan de Dios está elegir ministros consagrados que serán “mediadores entre Dios y los hombres”. Esto no es un obstáculo para el encuentro personal con Dios, sino todo lo contrario: “Con esta presencia del mediador, Israel ha aprendido a caminar unido. El acto de fe individual se inserta en una comunidad, en el « nosotros » común del pueblo que, en la fe, es como un solo hombre, « mi hijo primogénito », como llama Dios a Israel (Ex 4,22)” (14). Desde una concepción individualista de la vida, dice el Papa, no se puede entender esta presencia del mediador:

Desde una concepción individualista y limitada del conocimiento, no se puede entender el sentido de la mediación, esa capacidad de participar en la visión del otro, ese saber compartido, que es el saber propio del amor. La fe es un don gratuito de Dios que exige la humildad y el valor de fiarse y confiarse, para poder ver el camino luminoso del encuentro entre Dios y los hombres, la historia de la salvación (14).

Una fe firme y segura: solo la que tiene su fundamento en Cristo

Nuestra fe es firme y segura no porque nuestra inteligencia sea capaz de una certeza absoluta, sino porque **nuestra fe se afirma en Jesucristo**.

La historia de Jesús es la manifestación plena de la fiabilidad de Dios. Si Israel recordaba las grandes muestras de amor de Dios, que constituían el centro de su confesión y abrían la mirada de su fe, ahora la vida de Jesús se presenta como la intervención definitiva de Dios, la manifestación suprema de su amor por nosotros. La Palabra que Dios nos dirige en Jesús no es una más entre otras, sino su Palabra eterna (cf. Hb 1,1-2). No hay garantía más grande que Dios nos pueda dar para asegurarnos su amor, como recuerda san Pablo (cf. Rm 8,31-39). La fe cristiana es, por tanto, fe en el Amor pleno, en su poder eficaz, en su capacidad de transformar el mundo e iluminar el tiempo. « Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él » (1 Jn 4,16). La fe reconoce el amor de Dios manifestado en Jesús como el fundamento sobre el que se asienta la realidad y su destino último (15).

La encíclica se ocupa bien de mostrarnos cuál es el valor y la originalidad de la presencia de Cristo en la historia humana. Él no viene a tomar partido a favor de alguna ideología humana y ponerse en contra de otras, sino que viene a iluminar “con autoridad” toda la realidad humana. Él es el Hijo de Dios que se hace hombre para revelar a los hombres el plan de Dios, y lo hace con la autoridad del mismo Dios, ya que Él es Dios. ¿Y cuál es el plan de Dios? Jesús ofrece su vida por los pecadores “para transformar los corazones” (16). Jesucristo nos muestra el infinito amor de Dios que no se detiene en nuestro pecado, sino que viene a redimirnos, a sacarnos del pecado. “En la contemplación de la muerte de Jesús, la fe se refuerza y recibe una luz resplandeciente, cuando se revela como fe en su amor indefectible por nosotros, que es capaz de llegar hasta la muerte para salvarnos” (16). Por eso la fe cristiana tiene un fundamento firme,

inamovible, “fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”, como dice San Pablo a los Gálatas (Gal 2, 20; LF, 17).

Esta fe simple y firme, que tiene su único fundamento sólido en el mismo Jesucristo, se ha perdido en la cultura de hoy. Dice el Papa:

Nuestra cultura ha perdido la percepción de esta presencia concreta de Dios, de su acción en el mundo. Pensamos que Dios sólo se encuentra más allá, en otro nivel de la realidad, separado de nuestras relaciones concretas. Pero si así fuese, si Dios fuese incapaz de intervenir en el mundo, su amor no sería verdaderamente poderoso, verdaderamente real, y no sería entonces ni siquiera verdadero amor, capaz de cumplir esa felicidad que promete (17).

Sin embargo –agrega– esto no es así: los cristianos “confiesan el amor concreto y eficaz de Dios, que obra verdaderamente en la historia y determina su destino final, amor que se deja encontrar, que se ha revelado en plenitud en la pasión, muerte y resurrección de Cristo” (17).

Cómo nos salva la fe

Siguiendo la Tradición de la Iglesia sobre este punto tan delicado, la Encíclica nos enseña cómo es la dinámica de la fe que salva el corazón humano. Esta enseñanza es vital, y viene muy bien que la Iglesia en todos los tiempos vaya transmitiendo esta verdad con distintos argumentos, adecuados a la mentalidad de cada generación. Se trata de la verdad de nuestra salvación, y en toda época (también hoy) corre el riesgo de ser adulterada cayendo en los extremos del pensamiento mágico (una fe que salva sin intervención de la libertad humana) o de visiones voluntaristas (una fe que salva solamente por la intervención de la libertad humana).

La fe es **una Luz que ilumina nuestra vida**. “La fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver” (18). De ahí la importancia de la relación personal del cristiano con Jesucristo. Es el único modo de convertirse en su discípulo. Relación que se cultiva en estrecha unión con Él, desde la oración, la obediencia y la práctica cotidiana de las enseñanzas del Señor. Es de este modo que la fe salva: unidos a Cristo, somos transformados por Él. El Papa reprende, citando a San Pablo, a “quien pretende justificarse a sí mismo ante Dios mediante sus propias obras” (19). Nos salvamos gracias a esta comunión estrecha con Jesucristo que nos brinda la fe.

La salvación comienza con la apertura a algo que nos precede, a un don originario que afirma la vida y protege la existencia. Sólo abriéndonos a este origen y reconociéndolo, es posible ser transformados, dejando que la salvación obre en nosotros y haga fecunda la vida, llena de buenos frutos. La salvación mediante la fe consiste en reconocer el primado del don de Dios (19).

¿En qué consiste esta transformación? La vida de la fe es el Amor de Dios que transforma toda nuestra vida. El creyente no vive para sí, vive para el Amor de Dios, porque lo vivió primero como don en su propia experiencia de fe.

El creyente es transformado por el Amor, al que se abre por la fe, y al abrirse a este Amor que se le ofrece, su existencia se dilata más allá de sí mismo... En la fe, el ‘yo’ del creyente se ensancha para ser habitado por Otro, para vivir en Otro, y así su vida se

hace más grande en el Amor. En esto consiste la acción propia del Espíritu Santo. El cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus sentimientos, su condición filial, porque se le hace partícipe de su Amor, que es el Espíritu (21).

Cristo nos salva en la Iglesia

El Papa no se cansa de repetir que la fe tiene una dimensión intrínsecamente eclesial: no nos salvamos solos, Jesucristo no ha fundado un sistema de salvación “individual”, no se trata solamente de un nuevo modo de meditación o de un arte espiritual. Y esto es así porque mediante la fe nos incorporamos a Cristo. Nos hacemos “uno” con Cristo (cf. Gálatas 3, 28), y por lo mismo somos “uno” con los hermanos creyentes.

El creyente aprende a verse a sí mismo a partir de la fe que profesa: la figura de Cristo es el espejo en el que descubre su propia imagen realizada. Y como Cristo abraza en sí a todos los creyentes, que forman su cuerpo, el cristiano se comprende a sí mismo dentro de ese cuerpo, en relación originaria con Cristo y con los hermanos en la fe (22).

Con la imagen de “cuerpo” San Pablo nos muestra que no se trata de un fenómeno de masas, como diríamos hoy, sino de una unión vital y personal, que se da a partir de la fe como comunión espiritual con Cristo y con los hermanos.

Cómo nos ilumina la fe

El tema de la Encíclica es la “Luz de la fe”, o la “fe como Luz”. Esta “Luz” es el mismo Cristo quien, uniéndose a nosotros a través de la fe, transforma toda nuestra vida. En el segundo capítulo de la Encíclica el Papa pretende rescatar y explicar aquel antiguo adagio de los Santos Padres: “*credo ut intelligam*” (“creo para entender”). Es necesario creer para comprender (Cf. LF, 23; Is. 7, 9). ¿Para comprender qué? El plan de Dios. Citando a Isaías, nos dice el Papa que “el profeta invita a comprender las vías del Señor, descubriendo en la fidelidad de Dios el plan de sabiduría que gobierna los siglos” (23). El cristiano comienza a comprender la vida a partir de la fe. Antes no la entendía, solamente comienza a comprenderla cuando conoce el plan de Dios, la voluntad de Dios sobre su vida y sobre toda la creación. “Me estabilizaré y consolidaré en ti..., en tu verdad” (LF, 23).

Esta necesidad de “comprender” nos lleva al tema de la Verdad. La Encíclica no se detiene en el aspecto científico (gnoseológico o epistemológico) de la verdad: interpela al cristiano y a todos los hombres acerca de una Verdad que es necesaria para *comprender* y *subsistir*, y que por esto mismo se convierte en una necesidad de primer orden para todo ser humano. Esta es la Verdad de la fe, de modo que la fe no es un mero “sentimiento” individual e importante solo para el creyente, sino que se afirma en la Verdad que proviene de Dios como don que ilumina, y por eso puede transformar la vida (23).

Por estar fundada en una Verdad que transforma todo nuestro ser, la fe del cristiano “se abre al amor” (26). La Encíclica, siguiendo la línea de la enseñanza del Papa Benedicto en su Encíclica sobre el Amor de Dios (*Deus caritas est*), pretende dejar bien marcada en la mente del creyente la íntima relación entre Verdad y Amor en la dinámica de la vida de la fe. “La fe conoce por estar vinculada al amor, en cuanto el mismo amor trae una luz. La comprensión de la fe es la que nace cuando recibimos el gran amor de Dios que nos transforma interiormente y nos da ojos nuevos para ver la

realidad” (26). Pero no se trata de cualquier amor. El amor, que proviene de Dios, “no se puede reducir a un sentimiento que va y viene” (27). Y en esta necesidad de permanencia del amor, se ve la necesidad de que este se funde y sostenga en la verdad. El amor, enseña el Papa,

tiene que ver ciertamente con nuestra afectividad, pero para abrirla a la persona amada e iniciar un camino, que consiste en salir del aislamiento del propio yo para encaminarse hacia la otra persona, para construir una relación duradera; el amor tiende a la unión con la persona amada. Y así se puede ver en qué sentido el amor tiene necesidad de la verdad. Sólo en cuanto está fundado en la verdad, el amor puede perdurar en el tiempo, superar la fugacidad del instante y permanecer firme para dar consistencia a un camino en común [...] Sin verdad, el amor no puede ofrecer un vínculo sólido, no consigue llevar al ‘yo’ más allá de su aislamiento, ni librarlo de la fugacidad del instante para edificar la vida y dar fruto. [Pero también] la verdad tiene necesidad del amor [...] Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca (27).

Para vivir la fe es totalmente necesario convertirse en “discípulo”

No se puede llevar una vida de fe si no se aprende a ser discípulo. Esto significa, como lo vimos en Abraham, que para tener fe hace falta escuchar primero, obedecer después, y recién entonces podemos ver. La fe “es un conocimiento que se aprende sólo en un camino de seguimiento” (29). De ahí que el Señor rechaza a los soberbios y a quienes –como los fariseos– están demasiado enamorados de sus puntos de vista. Estas personas se convierten en “incapaces” para escuchar a Dios y obedecerle, y por lo tanto para ser transformados por Él. Porque quienes solo se escuchan a sí mismos no están interesados en ver más allá. En cambio, quien está dispuesto a escuchar a Dios es porque busca a Dios: “...a la escucha de la Palabra de Dios se une el deseo de ver su rostro” (29).

Es así que podemos decir que **la Luz de la fe es el mismo rostro de Cristo**, a quien estamos llamados a escuchar y a ver. “La verdad que la fe nos desvela está centrada en el encuentro con Cristo, en la contemplación de su vida, en la percepción de su presencia” (30). De ahí que para tener fe, para vivir la fe, es necesario ser discípulos de Cristo: buscarlo, amarlo, “tocarlo” con la fe, como la hemorroísa que tocó su manto y quedó curada (Cf. Lucas 8, 45-46; LF, 31). Es necesario, en suma, vivir en comunión con Cristo, porque solamente la comunión con Cristo nos transforma “salvándonos”, según el plan de Dios: “cuando estamos configurados con Jesús, recibimos ojos adecuados para verlo” (31).

Cómo edificar la sociedad desde la fe

Los primeros cristianos, conscientes del don inmenso de la fe, sabían que no era solo para ellos sino para todo el mundo, y comenzaron con el mundo que era para ellos más inmediato y conocido. “Con el deseo de iluminar toda la realidad a partir del amor de Dios manifestado en Jesús, e intentando amar con ese mismo amor, los primeros cristianos encontraron en el mundo griego, en su afán de verdad, un referente adecuado para el diálogo” (32). Allí comenzó un movimiento de **integración de fe y razón**, de fe y cultura, que no ha cesado hasta el día de hoy. El desafío actual es no cesar en el

esfuerzo por vincular la fe y la razón, con la conciencia de la importancia de esta tarea, ya que la luz de la fe ayuda a purificar la razón de los errores a los que se ve inducida por diversas causas (33).

En los capítulos III y IV de la Encíclica, se presentan algunos criterios para vivir la fe y para la evangelización de la cultura, teniendo en cuenta la mentalidad de los hombres y mujeres de hoy:

En primer lugar, que la predicación de la fe tiene una dinámica personal, “**de rostro en rostro**”, respetuosa de la libertad del otro. La fe no puede imponerse, debe predicarse con amor y con respeto, con las palabras y con el ejemplo. “La luz de Cristo brilla como un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz...” (37).

Es la Iglesia la que conserva la “memoria de la fe” y, por lo mismo, es capaz de enseñarnos, como a niños pequeños, a “hablar el lenguaje de la fe” (38). Esta es la función del Magisterio de la Iglesia: transmitir de generación en generación la fe de Jesucristo, y por eso quien se aparta de la comunión de la Iglesia se aparta también de esta enseñanza plena de la fe. **La comunión eclesial es esencial a la fe.** Y además, nos permite no estar nunca solos. “Quien cree nunca está solo, porque la fe tiende a difundirse, a compartir su alegría con otros. Quien recibe la fe descubre que las dimensiones de su ‘yo’ se ensanchan, y entabla nuevas relaciones que enriquecen su vida” (39). La Iglesia transmite a sus hijos el contenido de su *memoria*, a través de los sacramentos, sobre todo el Bautismo, que nos introduce a un “nuevo modelo de doctrina”, siendo el agua bautismal “símbolo de muerte, que nos invita a pasar por la conversión del ‘yo’, para que pueda abrirse a un ‘Yo’ más grande; y a la vez es símbolo de vida, del seno del que renacemos para seguir a Cristo en su nueva existencia” (Cf. LF, 42; Rom 6, 17). La Iglesia nos da la Eucaristía, que es el alimento de la fe del cristiano quien entra en comunión íntima con el Señor, de modo que la Eucaristía se convierte en el eje de la fe del creyente: porque la memoria de la Pasión del Señor da un sentido nuevo a su historia y a su vida, y porque la comunión con el Señor lleva al cristiano a vivir las realidades del mundo invisible, mientras transita su camino en el mundo visible (44).

La fe no es para vivirla exclusivamente en el ámbito individual y familiar, requiere **ser profesada delante de toda la comunidad.** De este modo, en la confesión de la fe, “toda la vida se pone en camino hacia la comunión plena con el Dios vivo... En el Credo el creyente es invitado a entrar en el misterio que profesa y a dejarse transformar por lo que profesa” (45).

La fe se alimenta en la oración. No puede ser de otro modo, si no ¿cómo vamos a entrar en comunión espiritual con el Señor? Él no es visible a los ojos de la carne, por lo tanto si vivimos una vida meramente “superficial”, sin oración, no podemos vivir la fe. En la oración “el cristiano aprende a compartir la misma experiencia espiritual de Cristo y comienza a ver con los ojos de Cristo” (46).

La fe se vive en la obediencia de los Mandamientos de Dios. El asunto es *por qué* el creyente obedece: es que pone toda su confianza en la enseñanza y en los mandatos de Dios.

A la luz de la fe, de la confianza total en el Dios Salvador, el decálogo adquiere su verdad más profunda, contenida en las palabras que introducen los diez mandamientos:

‘Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto’ (Éxodo 20, 2). El decálogo no es un conjunto de preceptos negativos, sino indicaciones concretas para salir del desierto del ‘yo’ autorreferencial, cerrado en sí mismo, y entrar en diálogo con Dios, dejándose abrazar por su misericordia para ser portador de su misericordia [...] El decálogo es el camino de la gratitud, de la respuesta de amor, que es posible porque, en la fe, nos hemos abierto a la experiencia del amor transformante de Dios por nosotros (46).

La fe debe ser asumida y predicada en su integridad. No vale “parcializarla”. Como decía San León Magno: “Si la fe no es una, no es fe”.⁵ Y esto es porque todos los artículos de la fe se refieren a un único y solo Dios, “son vías para conocer su ser y su actuar, y por eso forman una unidad superior a cualquier otra que podamos construir con nuestro pensamiento”. Esta unidad de la fe, que es propiedad esencial del don de la fe, es “la unidad que nos enriquece, porque se nos comunica y nos hace ‘uno’” (47). Por eso, “dado que la fe es una sola, debe ser confesada en toda su pureza e integridad” (48). Para conservar esta unidad en la vitalidad de la Iglesia, Jesucristo ha elegido a algunos de entre los creyentes para que fueran sus testigos. “La fe se basa en la fidelidad de los testigos que han sido elegidos por el Señor para esa misión. Por eso el Magisterio habla siempre en obediencia a la Palabra originaria sobre la que se basa la fe, y es fiable porque se fia de la Palabra que escucha, custodia y expone” (LF, 49; DV, 10). De ahí que apartarse del Magisterio de la Iglesia es también apartarse de la fe de Jesucristo.

Edificar desde la fe la ciudad de Dios. Dios no ha renunciado a salvar al hombre y a la comunidad humana, y si bien la consumación de esta salvación vendrá después, con la segunda venida de Cristo, el Espíritu Santo va construyendo ya desde ahora una “ciudad de sólidos cimientos” (LF, 50; cf. Heb. 11, 9-10), que se afirma en “una nueva solidez, que sólo puede venir de Dios”. La fe, por lo tanto, está llamada a iluminar toda realidad humana, según la “dinámica del amor de Dios” (LF, 50; Is. 65, 16), en una edificación que comienza en este mundo y es la misión de los cristianos: evangelizar a todas las naciones (cf. Mateo 28, 19-20), y termina en la consumación de los tiempos.

Edificar desde la fe la familia. “El primer ámbito que la fe ilumina en la ciudad de los hombres es la familia” (52). En la familia el cristiano aprende a ser cristiano, y en ella la fe se hace presente en todas las etapas de la vida (53).

Iluminar las relaciones sociales desde la fe. La fe ilumina de un modo especial el rostro del hermano, transformando también las relaciones sociales. “El amor inagotable del Padre se nos comunica en Jesús, también mediante la presencia del hermano. La fe nos enseña que cada hombre es una bendición para mí, que la luz del rostro de Dios me ilumina a través del rostro del hermano” (54). Señala el Papa que aún el deseo de “fraternidad” que se instaló en la modernidad en el conjunto de las naciones, no es posible de realizar “sin referencia a un Padre común como fundamento”. Pero esta experiencia debe nacer de la familia: será en vano construir una sociedad justa si no construimos primero una familia según el plan de Dios. “Asimilada y profundizada en la familia, la fe ilumina todas las relaciones sociales. Como experiencia de la paternidad y de la misericordia de Dios, se expande en un camino fraterno” (54).

Respetar la naturaleza:

⁵ San León Magno, *In nativitate Domini sermo* 4, 6; cf. LF, 47.

“La fe... revelándonos el amor de Dios, nos hace respetar más la naturaleza, pues nos hace reconocer en ella una gramática escrita por él y una morada que nos ha confiado para cultivarla y salvaguardarla; nos invita a buscar modelos de desarrollo que no se basen solo en la utilidad y el provecho, sino que consideren la creación como un don del que todos somos deudores...” (55)

Iluminar la vida política. La fe “nos enseña a identificar formas de gobierno justas, reconociendo que la autoridad viene de Dios para estar al servicio del bien común”. La fe también nos posibilita avanzar con paso firme en la vida política y comunitaria gracias al poder del perdón, que desde la fe se ve “posible” porque desde ella “se descubre que el bien es siempre más originario y más fuerte que el mal, que la palabra con la que Dios afirma nuestra vida es más profunda que todas nuestras negaciones”. El perdón, en suma, nos permite superar el conflicto y situarlo como algo transitorio y no permanente (54).

Conclusión

La diversidad de temas que abarca la perspectiva de la fe (básicamente toda la existencia humana), hace de esta Encíclica una puerta para acceder a todas las circunstancias de la vida de la Iglesia en los tiempos que nos toca vivir. Sin embargo, aparecen claras líneas directrices para prevenir errores comunes, que podrían sintetizarse, sin ánimo de dogmatizar, en la necesidad de vivir la fe desde un encuentro genuino con Jesucristo, que solo puede darse de un modo pleno en la comunión de la Iglesia y en la vida sacramental, y que nos quita del “yo autorreferencial” para abrirnos, desde la Verdad y el Amor que vienen de Dios, a un “yo más amplio” que es la vida de la caridad cristiana. Que el Señor nos inspire todos los días para creer en Él, entender lo que creemos, vivirlo y predicarlo.

Les propongo que terminemos con la oración con que el Papa termina la Encíclica, dirigida a María Santísima, maestra y sostén de nuestra fe en Jesucristo, su Hijo:

¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.

BIBLIOGRAFÍA

Benedicto XVI, Carta apostólica en forma de motu proprio *Porta Fidei*, 10 de octubre de 2011. Disponible en: <http://www.vatican.va>. (PF)

Buber, M.(1949). *Die Erzählungen der Chassidim*. Zürich: Manesse Verlag.

Concilio Vaticano II (1965). *Constitución Dogmática Dei Verbum*, 18 de noviembre de 1965. Disponible en: <http://www.vatican.va> (DV).

Francisco, Carta Encíclica *Lumen Fidei*, 29 de junio de 2013. Disponible en: <http://www.vatican.va> (LF).

Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea del CELAM*, 09 de marzo 1983. Disponible en: <http://www.vatican.va>

Juan XXIII, Constitución Apostólica *Humanae Salutis*, 25 de diciembre de 1961. Disponible en: <http://www.vatican.va>